

## CADENA DE MUJERES

Mi nombre es Keshia, nací en Somalia y esta es mi historia.

Con 10 años mi madre me dijo que había llegado mi día especial: por fin me convertiría en mujer. Aquel día ni la fiesta, la música o los regalos fueron suficientes para disfrazar los gritos de dolor de las demás niñas. Cuando vi lo que les estaban haciendo traté de escapar, pero mi madre me clavó las uñas en la muñeca y me miró a los ojos: "solo será un corte, sino darás asco, serás una vergüenza". Mientras lloraba, me pusieron un cuchillo ardiendo entre las piernas para cortarme y después me cosieron dejando solo un pequeño agujero para la menstruación y la orina. "Ablación faraónica", escuché, la mutilación genital que extirpa los labios mayores, los labios menores y el clítoris. Traté de pensar que era parte de mi cultura, parte de mi identidad, pero eso no fue suficiente para soportar el dolor de la infección, de la menstruación, de las relaciones sexuales y finalmente, del parto, donde reabrieron mi herida. Cuando tuve mi primera hija me negué a que pasara por lo mismo, pero mi madre era firmemente conservadora y acabé accediendo a ello. Miré a mi hija mientras la manipulaban y sangraba. A los cuatro meses murió por la infección.

Después de eso, quise marcharme de África, poner fin a esta tortura y evitar más muertes, pero no fue fácil. Me intentaron acallar, aislar y recluir en un mundo donde la desigualdad hacia las mujeres es defendida por estas. Una vez pensé en "cruzar el charco" hasta Yemen, país que recibe refugiados somalíes en busca de una vida mejor. Allí fue mi vecina Pulika con su familia cuando aún era una niña. Pulika, espero que hayas encontrado esa nueva vida que te prometían.

Cuando al nacer mi padre me llamó Pulika -que significa "obediente"- esperaba que su hija hiciera honor a su nombre, pero no fue así. Para poder sobrevivir tuve que ser fuerte, valiente e independiente.

Llegué a Yemen con cinco años. Mientras crecía me costaba entender que mi padre y mi hermano fueran los que decidieran sobre mi vida. Cuando salíamos de casa, el *niqab* que cubría el cuerpo de las chicas de mi edad solo me dejaba ver sus ojos y ellas solo veían los míos. Recuerdo que intentaba descifrar si en ellos había orgullo o temor en busca de una mirada cómplice para huir de la resignación. Aquellas jóvenes -unas antes que otras- comenzaron a casarse por deseo de su familia. A algunas les fue bien. Otras sufrían una violencia física y sexual que solo era visible sobre su piel cubierta. Pronto llegaría mi turno, pero yo tenía otro problema en el que pensar.

Cuando alcancé la pubertad empecé a sentirme atraída por las chicas. Al principio pensé que se me pasaría, que eran cosas de la edad, pero cada día mis sentimientos eran más fuertes. En silencio imaginaba cómo sería intimar con una chica, desnudarla, acariciar su piel sin hacerle daño, sentirme querida. Yo no sabía qué me estaba pasando, no conocía a nadie como yo. No sin temor, busqué en internet "qué pasa si te gustan las mujeres" y encontré una página que decía "guía para saber si eres lesbiana". Nunca antes había oído esa palabra. Lesbiana.

A partir de ahí todo pasó muy rápido. Me negué al casamiento forzoso que mi familia dispuso, les rogué que me dejaran entrar en la universidad, me atreví a quitarme el *niqab*... y entonces llegó el desencadenante. Cuando mi hermano, preocupado, revisó mi móvil encontró un video de Priya bailando, la chica india con la que hablaba a escondidas

por internet. Al instante me preguntó si le había enseñado el video a alguien y sin poder defenderme, asumió que debía de restaurar el honor de la familia que yo les había robado y me amenazó de muerte. En Yemen, la sociedad acaba protegiendo los crímenes de honor. Tuve que huir de mi familia y gracias a la ayuda de la "Unión Yemení de Mujeres" me oculté en un campamento con otras chicas en riesgo.

Ahora sigo aquí, escondida. A veces tengo miedo y añoro a mis hermanas, pero trabajo como voluntaria ayudando a otras mujeres como yo y les hago ver la injusticia a la que hemos sido sometidas, aunque a algunas les cueste verlo porque es lo único que conocen. También estudio y sueño con un futuro mejor donde poder ser tratada como cualquier persona, sin importar mi género u orientación sexual. Gracias a Priya, aquella chica india que fue mi refugio y mi precipicio, hoy tengo esperanza.

Jamás olvidaré cuando el 6 de Septiembre de 2018 mi compañera me gritó emocionada: "Priya, lo hemos conseguido". Como toda india y activista LGBT\* salí a la calle a celebrar la despenalización de la homosexualidad en mi país. La decisión del Tribunal Supremo no solo significaba que podría reafirmar mi identidad sexual sin miedo a ir a prisión, sino el reconocimiento de mis derechos fundamentales como persona. Aquel día Nueva Delhi se convirtió en un festival de colores, danzas, tambores y alegría.

Un año después la homofobia sigue aún arraigada en la India profunda. Ninguna ley puede cambiar en tan poco tiempo una mentalidad que se ha mantenido durante siglos y que afecta a todo el colectivo LGBT\*, y en especial a la comunidad transexual –conocida como tercer sexo en India-, que fácilmente acaba realizando trabajos sexuales o pidiendo limosna.

Seré clara: una vez cambiada la ley la lucha está en la educación. Por ello participaré en un programa de empoderamiento de la UNESCO, la organización de las Naciones Unidas que trabaja alrededor del mundo, especialmente en Brasil.

Hola compañera, soy Sofía y te escribo desde Brasil. Recientemente he participado en un proyecto de la UNESCO en distintos países vecinos -Bolivia, Paraguay, Perú y Colombia- para identificar las actitudes de los jóvenes sobre la igualdad de género. Después de la experiencia necesito contarte lo que vi.

Ya sabes que aquí, en América Latina, la mujer se enfrenta a una violencia física y sexual constante. La cuestión, cómo investigadora, es qué origina ese comportamiento. ¿Nos remontamos al momento en el que el hombre levanta la mano? ¿Barajamos una serie de riesgos como el andar sola por la calle? ¿Hablamos de un plan preconcebido en la mente de una mala persona? La realidad es que este fenómeno es complejo y comienza mucho antes de lo que nos imaginamos, ya sea con una actitud violenta, una broma machista que repetimos, un contacto indeseado que no se castiga o en definitiva, la normalización de todo aquello que suponga una desigualdad para la mujer. De

cualquier manera, los testimonios de los jóvenes que entrevisté parecen reflejar esta realidad y fueron cuanto menos, alarmantes.

A pesar de que prácticamente la mitad de ellos conocía a alguna mujer cercana que había sufrido violencia física o sexual en su último año, un porcentaje similar creía que esta violencia era normal. ¿A qué se debe esta creencia? Yo la vincularía, sin ir muy lejos, a una idea distorsionada del amor romántico que lleva a los jóvenes a normalizar desigualdades y creencias de violencia machista (como controlar el teléfono, su forma de vestir, etc.). Este comportamiento se justifica hasta el punto que, más de la mitad de los jóvenes aseguraron que no intervendrían si presencian cómo un amigo suyo agrede a su pareja. E incluso, cuando hablamos de agresión sexual, existe todavía la creencia de culpar a la víctima si esta está ebria, por su forma de vestir o su promiscuidad.

Tras leer la carta de Sofía -con la que hice un voluntariado en Brasil hace unos meses- me quedo pensativa. Debéis saber que vivo en España, aunque parte de mí se quedó en cada lugar que visité durante mi aventura alrededor del mundo.

Y es que ahora, por un momento, os invito a que olvidéis de dónde venís y las experiencias que tenéis y que abráis vuestra mente, porque la cuestión de género es un problema mundial. Yo, cuando lo hice, me di cuenta de que debía de preocuparme no solo por las mujeres de mi círculo cercano, sino por todas aquellas que sufren esta desigualdad.

Es tan solo, leyendo y viajando, cuando nos damos cuenta de los derechos que tenemos aquí en España y de lo que hay fuera. Vivimos en un país donde la ley protege a la mujer de la violencia y castiga a su agresor, donde la mayoría de los ciudadanos nos volcamos con todo nuestro corazón ante una nueva víctima mortal. En la actualidad, la comunidad LGBT\* disfruta de unos derechos que son la envidia de muchas otras personas fuera, donde incluyo el matrimonio, la adopción, el cambio de sexo cubierto por una sanidad pública y la libertad de expresión. Además y en general, existe una preocupación por una educación igualitaria y cada vez son más los micromachismos que identificamos y denunciemos públicamente.

Esto no quita -y que quede claro- que también vivamos en un país donde siguen habiendo nuevas víctimas de violencia de género, donde se producen injusticias legales que unen al pueblo a manifestarse, donde aún existe discriminación al colectivo LGBT\*, donde existe una brecha salarial, donde la mujer no está igual de representada que el hombre en los puestos directivos y donde los medios de comunicación se encargan de sexualizar el cuerpo femenino.

Sin embargo, hemos tenido en nuestra historia grandes mujeres que han luchado contra esta discriminación y cuyo espíritu mantenemos vivo. Por tanto, siendo conscientes de los derechos que tenemos y de todo aquello que aún nos falta por conseguir, os invito a que sigamos juntos y con valentía en este camino hacia la auténtica igualdad.